

EL ESTUDIANTE Y LA REINA

por
FERNANDO DEL PASO

A Juan José Arreola.



“...Her eyes gave him no sign of
love or farewell or recognition”

James Joyce.

Erase que se era un estudiante. Y era una reina. Y eran amantes. Y el estudiante visitaba a la reina casi todos los días, y no los domingos porque iba al cine con su novia. Y a veces llegaba con sandwiches y coca-colas y él, el estudiante, y ella, la reina, comían juntos, sentados en el lecho húmedo de su amor. Cuando él viajaba en el tranvía y caminaba después por los oscuros callejones donde relumbraba su suéter amarillo y negro, los libros de medicina bajo el brazo y en uno de los libros un crisantemo disecado, nadie habría imaginado que iba a visitar a una reina, que tendría que arrodillarse al verla y besarle la mano ave y despojarla de sus vestiduras con lentitud de amante para después amarla como lo puede hacer un príncipe.

La reina contempla el mar. Míralo cómo, míralo cómo, hinchada la vela, la postura inmóvil, el balandro blanco navega desde hace diez años sobre la misma espuma de la misma ola y arriba de él, la misma gaviota despliega sus alas espléndidas y se recorta sobre una misma y sola nube blanca y rumorosa. Míralo cómo, el mar. El viejo mar tan detenido en un solo instante de su azul eternidad, tan fotografiado y fijo a la pared y tan con hojas abajo y números y días en ellas, que parece, mi reina, un calendario de 1949. Así lo esperó la reina aquella tarde, sentada a la orilla de la cama, enjuagando sus pies en el gran tazón de plata donde rebosaba el agua gris y espumosa. Los secó cuidado-

samente y después, de pie frente al espejo y desnuda, colocó sobre sus rubios cabellos la corona de oro. El estudiante salió del baño, la miró sonriente y después pateó el tazón de plata. El agua espumosa se derramó sobre el piso, se deslizó con suavidad hasta los pies de la reina. Y fueron sus dedos diez penínsulas.

—¿Tú eres un príncipe? —le preguntó ella el primer día.

—No, no soy ningún príncipe. Soy un estudiante de medicina —le contestó él y vio en los ojos de la reina que ella no lo creía y entonces recordó que debía seguir los ritos y así lo hizo, y después regresó muchas veces y nunca más volvió a decirle que era un estudiante. Un día se dio cuenta, de pronto, que era el amante favorito de la reina. Lo vio también en sus ojos claros y lo comprendió cuando ella le dejó tocar la corona y besarla en la frente.

Pero aquella tarde, el estudiante llegó de mal humor. Y cuando ella le preguntó por qué había pateado el tazón, él no le respondió. Calladamente inmóvil contempló a la mujer desde sus ojos oscuros y varoniles y después le dijo que se quitara la corona y entonces ella empezó a caminar por el cuarto como un pato, chapoteando en el agua gris y pensando: no, una reina no es una reina sin su corona, y recordó al arzobispo de relucientes vestiduras que cada noche depositaba sobre sus sienes la corona de oro. Y él, el estudiante de medicina, con esos sus ojos negros miró a la reina, vio sus pechos saltando libres, su oscuro sexo barbiluengo atravesado por la luz. Se acercó a ella y por última vez le hizo el amor como lo hace un príncipe.

A las cinco de la tarde, el estudiante dormía blandamente en los brazos de la reina.

La reina, desnuda y postrada en la cama de sábanas rotas, no quiso cerrar los ojos, para contemplarlo a su gusto. Aquél era un hombre joven y bueno. Y era un príncipe. Llegaba siempre al mediodía, con sus libros bajo el brazo, triste a veces, a veces sonriente, pero siempre con un crisantemo o un poema para la reina. Una tarde llegó con dos manzanas. Otra, con un pato de plástico que colocaron en el gran tazón de plata y que los acompañó, navegante silencioso, en sus horas de amor. La reina tenía ya un cofre lleno de los regalos del estudiante. Allí estaban las manzanas, viejitas y secas perfumando las flores y los poemas y el pato de plástico. Allí estaban también algunas de las fotografías y las joyas. Sólo la corona escapó de ser guardada en el cofre. Ella, la reina, no debía quitársela nunca. A veces, en el delirio del amor, la corona oroprieta rodaba en la espuma de la almohada y descubría sus cabellos blancos y rubios. Pero ahora, desnuda y abrazando al estudiante, sentía la corona firme sobre sus sienes. Y el estudiante apoyaba su cabeza sobre los pechos de la reina, su mano descansando sobre el vientre levemente alebrestado. Era como un niño que se hubiera quedado dormido en el bosque, sobre la yerba húmeda, con una fresa en los labios.

Abiertos los ojos para contemplar el mar y los días y el dulce cuerpo de su amante, la reina sintió caer la noche. Estaba muy cerca la hora en que debía entregarse a sus otros amantes, aquellos que no querían conocerla y que llegaban todas las noches con rostros distintos, duros como la piedra. El estudiante se despertó de mal humor y quiso burlarse de la reina. La desconocería, le diría otra vez que él era un estudiante, que se iría para no volver, que había encontrado a otra mujer, más joven, casi una niña que le había entregado su virginidad y su amor. Encendió un cigarrillo y empezó a sonreír cuando escuchó a la reina que hablaba de las cortinas empurpuradas, de las alfombras mullidas, de los guardas uniformados de palacio.

—¿Qué hiciste con todo eso?

—Se lo llevó el diablo.

La reina se sentó al borde de la cama, después de asegurarse la corona, y removió el agua con la punta del dedo gordo. El estudiante sonreía, y su sonrisa era dulce y cruel como el crimen.

—Pero todavía tengo la corona y las joyas.

—Estupendo. ¿Y lo demás?

—Me despojaron.

Cuando llegó a la sala del trono, la encontró transformada en una gran ciudad; era de noche y al fondo, las luces de los edificios brillaban como enjambres de luciérnagas. Un hombrecillo vestido de negro salió a su encuentro y le dijo que todo había terminado, que el príncipe había partido la noche anterior a viajar por todo el mundo, y que le obsequiaban la corona, las joyas y las fotografías como recuerdo. Abandonó con lágrimas en los ojos la ciudad nocturna y llegó de pronto a otra ciudad iluminada por el sol. Era la misma ciudad en la que había reinado días y días, pero ahora nadie parecía reconocerla. Los hombres con sus paraguas y sus portafolios y los agentes de tránsito y las mujeres pasaban a su lado sin mirarla.

Los tranvías, chillando, se alejaron sin saludar a la reina. Nadie gritó ¡es la reina!, nadie quiso besarle la mano, o arrodillarse, o asesinarla.

Otra vez se levantó y caminó como pato por el cuarto, salpicando agua, riendo y moviendo las manos como si en ellas tuviera dos palomas. Llegó frente al espejo y se ajustó nuevamente la corona con sus manos de reina: en el espejo estaba una mujer, de cabellos que fueron rubios, de senos flácidos, de pies sucios, pero una mujer de sangre real, ante la cual se inclinó como ante una reina, y la corona golpeó el cristal. El estudiante reía, y deseaba reír más, reír toda la tarde, la noche entera, abandonar el oscuro cuarto de la reina y seguir riendo en la calle, en el tranvía, en el amanecer.

—¿Por qué ríes, infeliz?

Y él, por un momento, dejó de reír y la vio desde sus ojos oscuros. La

reina cara de reina, cuello de reina, vientre de reina, lo había perdido todo, le dijo ella, caballos, trono, doncellas, príncipe. El le había jurado su amor trescientas setenta y siete veces, con las mismas palabras, besándola en la boca, en la frente, con las mismas palabras trescientas setenta y siete noches hace cinco o diez o cien años, ella, Ana María, él Fernando José, a la luz de los hachones relucientes y del espejo y de la espada sobre la cual juró que volvería de la guerra para hacerla su esposa y llevarla a su reino donde los vasallos se inclinarían a su paso, una y otra vez, así, frente al espejo, doblando la espalda, así, otra vez, doblando la espalda, así, hasta que el estudiante se lleva la mano al sexo y deja de reír.

—Ven acá —le dijo el estudiante

Un día regresó a la hermosa ciudad nocturna y encontró a su prima la duquesa. La duquesa lloró de verla tan triste y tan sucia y se despidió de ella porque tenía que quedarse en la ciudad a bailar. Pero antes le dijo: quédate esta noche.

—Ven acá —repitió el estudiante.

A bailar, ella, ¿la duquesa? Pero no, ya no era una duquesa. Se llamaba Mary. Y aquella noche y todas las demás, los rostros y las manos que antes la aclamaban, a ella, la reina, que se maravillaban a su sola vista y prorrumpían en vítores, ellos, los súbditos fieles hasta entonces, la desconocieron, a pesar de que estaba entre ellos, silenciosa, admirando a la duquesa. Y la duquesa, con pantalones negros y cabello oxigenado y corto y lentes oscuros, baila en las calles luminosas de la ciudad nocturna, bajo las farolas encendidas, con un cigarrillo en la boca, bajo un cielo de papel, descalza, baila su cabello oxigenado en el aire, sus pechos bajo el cielo giran, baila ella entre los hombres que suben de las alcantarillas con sus herramientas al hombro y el policía bailarín que agita su cachiporra de cartón y el hombre de la bicicleta manejando con los pies.

—Ven acá. ¿No oyes?

Bailando así, saltando así. Y la reina también bailaba, desnuda, chapoteando en el agua como un pato, surgiendo de pronto a la luz o hundiéndose en la gris alumbración del cuarto.

—¿No puedes estarte quieta?

—Es que así bailaba ella.

—¿Quién?

—Mi prima, la duquesa. Es decir, Mary.

El estudiante se levantó y la jaló suavemente hasta la cama. Por sus ojos oscuros pasó un relámpago.

—Sécate los pies.

El cielo de papel, y las joyas de vidrio y la corona de latón y en el día, la dejaban dormir en la ciudad nocturna.

—¡Estás ensuciando las sábanas!

La reina, acostada, sacudió los pies en el aire y empezó a tararear una canción.

El estudiante volvió a sonreír, fastidiado, extendió la mano hacia ella y le oprimió los muslos obligándola a estar quieta. Entonces la reina cerró los ojos y se hizo la dormida.

—¡Ah, pequeña puerca, despierta, que no vine aquí a verte dormir!

La jaló de un brazo y de pronto, la reina saltó de la cama, alborotando sus cabellos y gritando:

—¡Soy la reina... soy la reina!

Y después se agachó y como un niño que juega en el mar removió el agua del piso con las manos y se la echó al estudiante en los ojos.

—¡Soy la reina, arrodíllate... no me toques, arrodíllate!

El estudiante se arrodilló, pasó sus brazos alrededor de las piernas de la reina, la levantó y la arrojó sobre la cama.

—Soy la reina, arrodíllate.

Y nuevamente el estudiante se arrodilló, ahora en el lecho, para hacerle el amor. Pero ella le gritó que la dejara en paz y él volvió a levantarse y sobre las sábanas quedaron las dos manchas oscuras que habían dejado sus rodillas mojadas. Ella, la reina, señaló las fotografías viejas que estaban clavadas en la pared:

—¿Ves cómo sí soy una reina de verdad?

El estudiante caminó hasta el otro extremo del cuarto, gallardo como un príncipe, la tizona desenvainada, y arrancó una de las tarjetas postales. La reina se levantó también, caminó como pato y llegó hasta él y le arrebató la fotografía. El empezó a reír nuevamente.

—Ya no eres una reina. Ahora eres una puta.

Ella alargó su mano de reina y lo abofeteó. Entonces fue cuando lo sintió, cuando él, el estudiante, quiso escupirle la cara y decirle mil veces puta y matarla a golpes y se acordó, se acordó del joven estudiante, del lindo estudiante que era y que fue y que jugaba con los amigos en los billares y se iba a Chapultepec a remar y un día decidieron ir por primera vez a donde las mujeres y él fue también y también estuvo con una y después regresó y eso le gustó más que todo y un día las muchachas de la Santa Veracruz le dijeron que tenían a una reina muy hermosa y él, el estudiante, se rio y no quiso creerlas hasta que ellas le hicieron espiar por una pequeña rendija y adentro de un cuartucho miserable la vio a ella, la reina, desnuda y con una

corona de latón en la cabeza y hermosa y dulcemente acostada en un pequeño lecho de sábanas sucias y ajironadas y al pie de la cama un gran tazón de hojalata donde la reina lavaba sus pies y él, el estudiante, hizo coro al chorro de risas infantiles que se desgranó en sus oídos y que turbó apenas el sueño de la reina, y después él recuerda que las muchachas le dijeron que ella, la reina de la Santa Veracruz, estaba medio lurias o lurias y medio y que sería bueno que le siguiera la corriente para divertirse un rato. Y él, aquella primera tarde, llamó a la puerta y después pasó y con una reverencia se presentó como un estudiante y luego como un príncipe disfrazado de estudiante y vio en la pared el viejo, seco, descolorido programa de un teatro donde ella fue la reina, una reina de opereta, pensó el estudiante, y le hizo el amor avergonzado y triste y solitario porque hasta él llegaban las risas infantiles de las muchachas. Y un día regresó y les dijo que quería estar con la reina, pero sin que nadie lo viera, y les quiso pagar, pero ellas no aceptaron porque le dijeron que la reina rendía muy bien en las noches, que podía estar con ella todas las veces que quisiera, si la reina también lo deseaba y le contaron cómo la reina había llegado a la Santa Veracruz llevada por una mujer a quien llamaban la duquesa y que también era del oficio y conocida de ellas, así que ellas, las muchachas, la habían aceptado porque les daba lástima y porque se divertían con ella y también porque algunos clientes pagaban bien por acostarse con la reina, la reina virgen, la reina Ana María, la reina de la Santa, Santa, Santa Veracruz. Y a la reina le gustó el estudiante, y así lo sintió él porque regresó muchas veces y se estaba con ella toda la tarde y después de los ritos preliminares se dedicaban al amor y aquella tarde, su aquella otra tarde, estaba de mal humor porque creía que ya estaba cansado de la reina y había ido para burlarse de ella y dejarla; pero en aquel momento, de pronto, sin saberlo o sentirlo o quererlo, la vio tan sola y triste y soberana que quiso quererla y quiso saber por qué él, el lindo estudiante que era y que fue, se había enamorado de una puta, de una loca, de una mujer tan hermosamente desgraciada. El, él, él, el estudiante barbilindo, de suéter amarillo y negro y corazón rojo de sangre azul desparramándose por sus venas luminosas para quererla, sentirla, tenerla y olvidarla.

El estudiante se puso su pantalón, su suéter amarillo, sus libros bajo el brazo, y se fue, mirando los ojos de la reina que no le dieron amor. Y no lo reconocieron y tampoco le dijeron adiós porque al día siguiente o diez días después o un año, el príncipe iba a regresar y ella lo sabía. No él, el estudiante, sino otro príncipe, otro cualquier estudiante.

La reina se quedó sola, se acercó a la ventana y vio cómo en la calle de la Santa Veracruz, los azules y rojos y rayados paraguas brillaban perlados por la lluvia y reflejaban el oro de los anuncios de neón. Y en aquel instante, una estrella, una estrella inmensamente cursi, bañó la frente de la reina con una luz maravillosa.